

Autor: *Vicente de la Fuente.*

Título: *Costumbres Estudiantinas. Las Vacaciones.*

Publicación: *Museo Internacional del Estudiante, 2009.*

Ver. original: *Semanario Pintoresco Español, 1844.*

Los estudiantes en vacaciones vienen á ser como los cómicos en cuaresma, y los militares con licencia temporal; es decir, unos seres que están fuera de su elemento, y colocados en una posicion escéntrica. Por consiguiente, sus costumbres en tal situacion deben ser muy diferentes de lo que solian en su estudio habitual; habiendo entre ellas la diferencia que media entre la accion y la quietud, del movimiento á la inercia. A pesar de eso, como el ser estudiante no indica que se estudia, sino que se debe estudiar; y como no todos los estudiantes comprenden la deuda que su nombre les impone, de ahí es que se encuentran á veces estudiantes, cuyo estado normal es la inercia. Pero no todos son así, y el que haya un vago, no indica que todos lo sean, porque al fin una golondrina no hace verano. Por lo que hace á las vacaciones, la estudiantina tiene algo de comun con el ganado trashumante (mejorando lo presente), pues á la manera, que este cuando principia á barruntar el calor se impacienta de hallarse en la tierra donde pasó el invierno, y á veces á despecho de los pastores principia á caminar hácia donde suele pasar el verano; así el estudiante, al llegar el mes de Junio, siente unos fuertes conatos de perder cuanto antes de vista la Universidad, y se impacienta contra el Rector, y el gobierno, y cuantos le aumentan un solo dia de curso. A veces llega su furor hasta el punto de hacer con las autoridades, lo que los judios con S. Esteban, y testimonios recientes pudiéramos

citar de autoridades superiores, que sufrieron tablonazos y pedradas por este motivo. Pero no es comun que la esplosion de su furor llegue hasta tal punto, sino que mas bien prefiere desfogarlo contra los inocentes y harto destrozados enseres de la Universidad, levantando el embaldosado, rompiendo puertas y vidrios, y alborotando con algazara infernal.

Por fin, concluidos los exámenes, llega la hora tan suspirada de regresar á la casa paterna, bajo cuyo nombre se comprenden tambien las casas de los tios, que no tienen denominacion especial. Antiguamente el estudiante regresaba á su casa á pie y cuando mas montado en una burra, y con gran maleta ó *portamanteo*, como el que encontró Cervantes pocos dias antes de su muerte, segun refiere en el prólogo de *Pérsiles*. De aqui vino la espresion de *enviar la burra*, que significaba esperar á un estudiante, que venia de vacaciones. En el dia las cosas han cambiado, y gracias á los adelantos de la civilizacion, la mayor parte de los estudiantes puede regresar á su casa en rotonda ó cupé, ó cuando menos en galera ó mula. Solamente algún filósofo se toma la molestia de regresar en burra, y alguno que otro teólogo á pie; aunque con la precacion de llevar unas espuelas en el bolsillo, para ponerselas á la entrada del lugar: con esta medida queda bien puesto el honor del pabellon, aun cuando haya hecho el viage á *guisa de Apostol*.

Al llegar el estudiante á su casa, recibe los abrazos de toda su familia y parentela, saluda con gravedad á todos, y habla con énfasis de las últimas noticias, y principalmente de la guerra que va á estallar entre los Estados Unidos y la Confederacion germánica, sobre el reparto de la frontera, cosa que deja aturdido al Cura, y hace al Alcalde dar diente con diente. A veces para mostrar sus adelantos, hace alarde pedantesco de varios términos facultativos, y grandes latinajos, como hizo aquel de quien se refiere, que reprendió al perro porque le ladraba, diciéndole, *perriquis miquis ¿non me cognoscis, qui sum amico tuo, qui venio de Salamanquinis?*

Concluido el ceremonial de hacer y recibir visitas, queda el estudiante dueño suyo, por espacio de cuatro meses, con la precisa obligacion de no hacer nada. Pero no se crea por eso que el estudiante vaya á estarse cuatro meses con los brazos cruzados: antes por el contrario, trata de realizar en compañía de sus amigos los dorados ensueños, que bullian en su imaginacion durante la cátedra, mientras que el profesor al ver su inmovilidad le creia absorto en sus esplicaciones. En una de ellas oyó quizá decir al catedrático (furioso cazador con galgos y caballo), que no habia en este mundo mas felicidad que el cazar, porque como decia el Rey *sábido* en uno de los títulos ⁽¹⁾ de las Partidas «E sin todo aquesto da salud (la caza) ca el trabajo que en ella toma, si es con mesura, face comer é dormir bien, que es la mayor cosa de la vida del ome.» Al oir esto, en vez de atender mas á los comentarios del catedrático, su imaginacion principió á vagar por los campos de su pueblo, y por los cerros y collados llenos de bocas y madrigueras, que sirven de albergue al inocente conejo. En virtud pues del propósito que hizo aquella tarde, y como fiel observante de la ley, se levanta á las nueve; (el estudiante suele tener el instinto aristocrático de no madrugar), y come á discrecion, porque como dice la ley, el comer y el dormir bien, son la mayor cosa de la vida del ome. Resta solo cumplir el otro extremo, relativo á la caza, para la cual empuña una enorme *espingarda* (vulgo escopeta), que sirvió á su visabuelo en las guerras de sucesion, alhaja vinculada en la familia, y salvada con esmero de todos los compromisos políticos. En seguida, á falta de chismes se reparte la pólvora en los bolsillos de la chaqueta, y los perdigones en los del pantalon: cuelga de su cintura una vetusta canana con cartuchos de bala, y al lado un cuchillo de monte (arma de primera necesidad para el cazador de pájaros), y por complemento de su equipo, botines y sombrero de ala ancha. En tal estado se mete por los rastrojos y barbechos en busca de codornices y alondras. A falta de estas, dispara su escopeta á cuantos perros y

⁽¹⁾ Partida segunda, tit. V. Como el Rey debe ser mañoso en cazar.

pollinos ve á tiro, y si no encuentra ni aun esta *caza mayor*, carga con bala y tira al blanco contra los árboles mas corpulentos del monte. Al ver el agujero que ha hecho en uno á distancia de cincuenta pasos, saca el cortaplumas y hace una incision encima, con las iniciales de su nombre y apellido, v. gr. F. F. F. *Franciscus Fernandez fecit*. En seguida se retira á su casa mas orgulloso que el granadero francés al inscribir en las pirámides de Egipto *route de París*.

No se crea por eso que el estudiante en vacaciones no haga otra cosa que cazar; su vida es mucho mas variada. Unas veces á pretexto de un pleito ó con cualquier motivo, marcha á otro pueblo donde hay un compañero, con el cual pasa unos dias de bureo. Otras se deja obsequiar por la parentela, que mira en él su futuro apoyo. Ademas de eso, es abonado á todas las romerias y fiestas de los lugares inmediatos. En ellas alterna con los Curas y gente formal, en el coro, en la mesa y en la malilla. Si hay algun baile de candil, tiene que empuñar una guitarra y formar parte de la orquesta, alternando con el sacristan y el boticario; pero si sale á lucir las piernas, en tal caso su voto es decisivo en materia de contradanzas y rigodones.

Aunque la ley de Partida, arriba citada, no dice cosa alguna de amorios, el estudiante ha visto libros que aseguran ser el amor *la mayor cosa de la vida del ome*. Por ende dirige sus obsequios á cualquiera de sus vecinas, bien sea alguna prima, ó la sobrina del Cura, ó en último recurso, á la hija del pregonero; porque como aquellos amores son agostadizos, no tiene empeño en que *la reina de sus amores* (título pomposo que da á su veraniega prenda), reuna las cualidades de riqueza, hermosura, virtud y nobleza que exigen las Partidas en la esposa del Rey. Y vean Ustedes de paso una cosa, en que no conviene nuestro futuro abogado con la ley; porque segun esta, debe darse la preferencia á las dos últimas cualidades, al paso que el estudiante busca mas bien las dos primeras, llevando en esta parte la contraria. Bien es cierto que la dama del estudiante no es

reina, á no ser en alguna comedia casera, y por tanto no le comprende la ley.

Suele suceder á veces que la familia del estudiante lleve á mal que se meta este en la práctica de tal teoria, y por tanto entran las reyertas y las reconvenciones; mucho mas, si para entonces la familia está ya cansada del estudiante. Porque es de notar que los quince primeros dias fue el estudiante el amo de la casa; sus caprichos eran leyes, se le mimaba á todas horas, no se comia hasta tanto que él se hallara presente, y en una palabra, era *huesped en su casa*. Pero pasados aquellos dias, vuelven las cosas insensiblemente á su estado normal; y conforme van pasando dias, se van atenuando aquellos raptos de cariño, pues tal es siempre la condicion humana, que aprecia menos las cosas conforme las va poseyendo. El estudiante por su parte no se desprende tan pronto de su golosa posicion de huesped; y sigue abusando de las concesiones que al principio se le hacian, hasta que llega el caso de que los padres ó tios le tengan que hablar claro y *decirle de Usted*, palabra de mal aguero en boca de un padre.

Cansado este ademas de la holgazaneria de su hijo, y al ver el mal uso que hace de las vacaciones, le manifiesta del mejor modo posible la estrañeza que le causa el ver que no toma un libro. Amostazado el estudiante con tal advertencia, responde formalmente que es malo estudiar en verano, segun el axioma estudiantil que dice:

*Cuando sol est in leone
pone libros en cajone;*

latin que entiende el padre (aunque lego), á las mil maravillas, aunque no conviene con el hijo en cuanto á su exactitud.

A veces, deseoso un padre de conocer los adelantos que ha hecho el estudiante durante el curso (de los cuales sospecha,

atendida la desaplicación que muestra en las vacaciones), compromete al Cura á que le fondee y examine con reserva. En vano este pretende eximirse de tal comisión, alegando que no entiende la materia (que suele ser leyes ó medicina), pues el interesado le prueba que puede saberlo, mucho mas siendo este un país, en donde han estado los frailes en posesión de arreglar el teatro, los abogados la Iglesia, los militares la magistratura, y los obispos el ejército. Este argumento no tiene réplica, y el Cura se deja convencer, aunque tragando saliva. Un día en que el estudiante, sin saber el complot, visita al Cura, le dirige este á bulto algunas preguntas sueltas sobre su facultad, á las cuales contesta el estudiante con cuatro especiotas generales, que conserva en la memoria. En seguida, viendo un libro de cuarenta hojas sobre la mesa, principia á enseñar al Cura el juego de adivinar la carta que tiene en el pensamiento, lo cual divierte al Cura mas que el oficio de examinador.

– ¿Sabe V. el juego de acertar parejas por la regla de *mutus dedit...*?

– No Señor, ni aun la he leído en mi vida.

– ¿Ni tampoco el de moros y cristianos, por el método de *populea virga pacem...*?

– Menos... ni creo que las traiga el Nebrija.

– Pero Señor, si no son reglas gramaticales. Y en seguida hace los dichos juegos que divierten no poco al Cura. Cuando al día inmediato encuentra con el padre, pregunta al momento este – ¿Que le pareció á V. mi chico?

– Es un estuche... ¡si V. viera *como juega con el latin!*

– En efecto, ese es su fuerte: así que llegó á casa, se puso á saludar al perro en aquella lengua. Pero... ¿y de lo demás?

– Muy bien, crea V. que *prograsa*: habla de leyes como un descosido. ¡Pero que penetración! es admirable *como adivina el pensamiento*, en un abrir y cerrar de ojos.

Y al decir esto, el socarrón del Cura toma un polvo, y apenas puede comprimir la risa, viendo como al padre se le cae la baba.

Con esto y con leer los días siguientes algún rato en las novelas ejemplares de Zayas, que le prestó al examinando la sobrina del Cura, vuelve á reponerse el estudiante en su buena opinión y crédito, y corre de boca en boca la noticia de su aplicación y sus progresos.

Entre estas y otras, llega el mes de Octubre; y el estudiante, después de haber presidido á la vendimia y á las francachelas, que en aquella época se celebran durante las hermosas tardes del Otoño, se dispone para aprovechar los últimos días de la matrícula, regresando á la Universidad, como las merinas á Estremadura. El sastre arregla el levitín, y concluye la capa, la parte femenina de la familia cose á toda prisa las camisas y remienda las calcetas, y los amigos del pueblo y de cuatro leguas á la redonda le favorecen con encargos de visitas, negocios y suscripciones á todos los periódicos habidos y por haber. Renuévase en aquellos días el trato de reciénvenido, y reina la confusión en la familia, hasta que llega el momento de marchar, entre las bendiciones del padre, los sollozos de la mamá y de las primas, y los estrujones de los parientes.

También llora en silencio la linda personita, tierno objeto de los veraniegos afectos de aquel fujitivo Eneas. Dichosa de ella si puede atraer nuevamente á sus redes al amostazado galán, á quien dejó postergado el estudiante. Mientras que ella da las explicaciones más satisfactorias á las celosas interpelaciones del crédulo novio, y



se desata en invectivas contra el ausente, este concluye de escribirle una carta llena de piropos, lamentandose de su ausencia; y al compas de los golpes que da para fijar la oblea, canta por lo bajo y entre dientes aquella copla vulgar:

Dama de treinta galanes
y conmigo treinta y uno,
si todos son como yo
te quedarás sin ninguno.